

POEMAS

Ramiro Dávila



I

¡Oh amauta, oh quipu-camayoc!
esas historias de las que guardas secreta memoria,
esas cifras que anudas,
¿sucedieron alguna vez?

II

¡Oh amauta, oh quipu-camayoc!
ciego recorrerías palmo a palmo la ciudad.
¿Su rostro, ahora, desconoces?

III

La luz.
El dios de la herrumbre ha enmohecido la luz.
¿Quién te dirá la verdad?

IV

¿La verdad?
Tu habitación ha quedado en tinieblas.
¿Quién te descubrirá la luz?

V

Mi ventana :
las fuentes, el jardín y los pájaros.
De pronto anocheció.

VI

CANDIDE

¡Que vivimos en el mejor de los mundos!
Te creí a pie juntillas mi buen Pangloss.
Y ya ves si puedes contar mis heridas.

VII

El General insomne :
cuenta uno a uno sus desaparecidos (saltan a la fosa).
¿Acaso soy guarda de mi hermano? (se justifica).

VIII

Toda la noche
de guardia.
¡Ningún ataque!

IX

Perdida.
Entre los cardos.
¿Cuándo la recogerás?

X

Una leve brisa:
llama pura se refleja
en el cristal del día.

XI

No predicó.
No es el precursor.
No hubo Salomé que pidiera su cabeza,
ni Herodes para concederla.
Pero allí está el Decapitado.
En la bandeja, el General, se pasea por los salones de
palacio.
Da órdenes.
Su verbo es elocuente.
Todos le rinden pleitesía.
Hasta los perros lamen sus patillas.

XII

Amigo,
a tu manera,
en las angustias y en la miseria,
en los fantasmas y en los sueños :
"la ciudad se deteriora —me dices—
tiene uno de los más bajos índices de viviendas precarias:
trepan a los cerros
la naturaleza se destruye
se asientan sobre fangosas aguas
o lugares de relleno".

Yo te respondo:
"¿A dónde treparán las almas?
¿Qué miseria las destruye?
¿En qué fangosas aguas se revuelcan?
¿En qué lugares de relleno buscan su diario alimento (más
necesario al espíritu que al cuerpo)?"